

nores universitarios. Partícipe en diferentes polémicas científicas y mordido por la envidia y la mentira, sufrió persecuciones y castigos, logró rehabilitaciones y triunfos, gozó fama y prestigio universales y sirvió a Dios bajo sus hábitos, pero en medio del «mundanal ruido», del que no logró apartarse a pesar de sus deseos.

Por el contrario, San Juan de la Cruz, nacido quince años más tarde, hijo de un humilde tejedor e incapaz de aprender el oficio paterno u otro semejante, ingresó como enfermero en el hospital de Medina del Campo, del que pasó a los veintidós años al convento de Carmelitas, donde profesó. Sólo entonces —1564— acudió a Salamanca para estudiar tres años, hasta que, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa, emprendió la tarea de fundación y reforma de su Orden, lo que también le acarreó persecuciones y sinsabores.

Mientras Fray Luis de León era fuerte y recio, San Juan de la Cruz adolecía feble y enfermizo. El agustino poseía un carácter ardiente y combativo, y el carmelita, uno ardoroso también, pero contemplativo. Ambos murieron en el mismo año —1591—; Fray Luis, el 14 de agosto, en Madrigal, y San Juan, en Ubeda, el 14 de diciembre.

La producción de Fray Luis es extensísima, y la de San Juan, exigua. Fray Luis, aun tocando en sus obras en prosa los más hondos temas religiosos y teológicos, no llega a ser un verdadero místico, en tanto que San Juan de la Cruz no es otra cosa.

En las poesías de Fray Luis —que él mismo clasificó en originales, traducciones de poetas profanos griegos y latinos y versiones bíblicas— hay sonetos, canciones, quintillas, liras y odas. Los críticos —incluso Menéndez y Pelayo, que le considera el primero de nuestros líricos— encuentran elementos clásicos, italianos, hebreos y originales en su producción poética. Su temática

no es siempre religiosa —como lo demuestran *La profecía del Tajo*, las odas a Felipe Ruiz y Salinas, *El apartamiento*, etc.

El lenguaje poético de Fray Luis es más rico en léxico, imágenes y giros que el de San Juan, si bien no le supera en dulzura y musicalidad, ni en fiebre mística. Pero en todas sus obras resplandecen de modo extraordinario el equilibrio entre el fondo y la forma, la claridad, la armonía y la verdad, a la par de un sentimiento emocionadamente humano, un regusto de la forma —que él califica de «golosina del verso»— y un criterio de depuración perfectamente conciliado con la sencillez y la espontaneidad.

En un magistral estudio sobre Fray Luis ha dicho el Padre Félix García: «Es un poeta auténtico, escogido por los dioses, unido con todos los carismas de la gracia numénica, inspiradora de formas; el poeta que hace versos, como cantan las aves, por inclinación de su estrella, porque el viento suave y armonioso de su inspiración le alienta la vela del alma y pone alas veloces en su imaginación, y un alto deleite platónico, ante la contemplación, arrebatada y serena a la vez, de las maravillas de este mundo transitorio, le fuerza con imperiosa suavidad a hacer versos por el gozo deleitable de hacerlos».

Y Menéndez Pelayo —comparando a los dos excelsos poetas— dijo de la poesía del insigne agustino: «Si dijere que, fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángeles, no hay lírico castellano que compita con él, aún me parecería haber dicho poco... Es una mansa dulzura que penetra y embarga el alma, sin excitar los nervios, y la templa y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito».

Lee a Fray Luis como has leído a San Juan de la Cruz, amiga mía; clávalos den-